

## Barcos anclados al viento

Sergio Alberto Pérez Torres

(Monterrey, México)

*“Éste es un viaje  
sin más brújula que el viento”*

**Ana María Navales**

### I.

¿Cómo llenar tu respiración con doce cruces negras?  
Enterrarlas en la arena sin preguntarme cuando el sol verá tu piel,  
las imagino crujiendo en su descenso  
como tu carne firme internándose en mi memoria,  
una tierra salvaje de la que ya no hay recuerdo.

### II.

Dibujas el rastro de los quejidos debajo del sereno  
y del insomnio grave nunca antes conquistado,  
eres la razón de que las gaitas perdieran su sonido a luz  
y heredaran el llanto hondo de la médula espinal,  
león rampante exprimiéndose la furia al salir de una ola.

### III.

Este es el primer sereno de la madrugada,  
esta hora plena para convocar un nombre de polvo,  
cada amanecer despunta sus rayos en un halo,  
no puedo decir con palabras de este mundo  
lo que mi aliento transparenta en un vistazo.

### IV.

Intento huir de tu sombra tras el estruendo del cuerno,  
esta cacería voraz donde tus sabuesos van tras mi arterias,  
me escondo en los pozos del hambre pero busco tus ojos,  
tu rostro me arrastra como un holocausto al horizonte.  
Estás rodeado de un mar inasible,  
la furia contenida en los días que vendrán.

### V.

Me arde tu piel estrangulando cada vena,  
la gaita que traduce algo más feroz que las olas,  
más salado que todo su reflejo azul,  
me has ungido los labios para saborear lo que es el sol.

### VI.

La hora velada donde debería bautizarme en sueños,  
una reja abierta por donde casi entra la luz,  
mis manos extendidas buscando el sol en tu voz,  
tu silencio es un pájaro que pesa y se posa sobre mis manos,  
ahí espero como mártir por una raíz atada a los misterios.

### VII.

Y tú apenas sereno, la coronación aguarda en las horas del cenit,  
pálido y cenizo de las mil voces derramadas en batalla,  
tiempo de conquista al horizonte, rojo bermellón,  
esta tierra santa llamada cuerpo,  
tu estandarte de leones enterrando su raíz de hierba mala.

VIII.

Al norte se levantan humos negros,  
serenata de gaitas que se unen al llanto.  
Enciendo una canción más azul que las melodías de luto  
para ver si otro cielo me regresa tu cuerpo presente,  
muero de cosas grises, luminosidades encarnadas en piel endurecida.

IX.

Ven a la hora del sagrario en mi aliento echado sobre el tuyo  
para conocer la suerte ya predicha del silencio,  
te coronaré con la palabra antigua de los ángeles de yeso,  
ungiré tu frente para hacerte lámpara y memoria,  
nunca más seré un lugar besado por la nieve.

X.

Los huesos cantan su blancura cuando tiemblan  
como si buscaran un refugio para tanto silencio,  
una ciudad a las doce, siempre a tiempo en un reloj despedazado.  
La memoria es un tirano inderogable,  
los elefantes abatiendo todo con su inmovilidad,  
con la certeza de un amor muerto entre la arena.

XI.

Ojalá no hubiera sueño abierto a la deshora  
para que el sereno no enfurezca por las veces que he caído,  
amarte es una guerra en contra de ti, de mí,  
de mil legiones negras que no veo en la noche.

XII.

Tiempo de invierno, cosas que pasan debajo de la tierra,  
sepultar un reino de palabras que han sido árbol,  
luego el humo y la ceniza.  
¿Podré olvidar el fuego de la hoguera en la batalla?  
Su respiración y su rugido como perfume y eco en mi corazón.

XIII.

Has abierto los ojos,  
entré con la fe del que introduce su cabeza en las fauces felinas  
y no reza pero late como un tambor,  
se alzan las banderas, las trompetas anuncian tu llegada,  
para un momento de labios coronados con silencio es este instante  
en que las aves huyen sin saber qué es el terror.

XIV.

Te has echado llave por dentro  
y en el pecho ha florecido un árbol de silencio,  
las hojas blancas son la respuesta a mi única pregunta,  
oráculo de sombras, de frutos rojos,  
corazones maduros que se van pudriendo entre las ramas  
cuando duermes la siesta debajo y ya no haces por alcanzarlos.

XV.

No consuela el fuego de una chimenea el calor perdido en tu partida.  
¿Qué harás con la sangre nueva en amaneceres rotos?  
¿Podrás recordar las lenguas donde sale el sol,  
el frío que me quema sin tus huesos rodeándome el latido?

XVI.

He tomado un voto de silencio en mi interior,  
no late el salmo bermellón,  
ni me orienta la cruz hacia una sombra nueva  
que todo lo devora como la esperanza rota en un cielo sin estrellas.

XVII.

Alimento tu ausencia con silencio  
como se alimenta una hoguera con árboles muertos.  
Y yo, que no soy fruto sino sombra sobre sus deseos,  
intento encender una vela mientras digo su nombre.  
La guerra es una cosa atroz, cada lado toma su estandarte  
y entierra mil muertos al cenit con sus esperanzas de volver.

XVIII.

¿Cantarás una balada vieja en que gaitas semejan al llanto?  
Mi cuerpo se ha hecho tuyo como muérdago en los pinos  
hasta la muerte de ambos, la señal de un beso.

XIX.

Ya no sé lo que es la luz,  
un destino gris dicho con humo dentro de la sombra y el destierro,  
el levantamiento de olas y alas frente a un paredón que mira al mar,  
mientras de madrugada escalas mi espalda casi cubierta de invierno.

XX.

Estoy rindiéndome a tus ojos fijos donde me reflejo para beber mi sed,  
estoy perdiendo el uso del silencio ante sus manos,  
cubren como ejército enemigo zonas nunca antes derribadas,  
me está conquistando el sonido de otra voz en un cuerpo lejano,  
no comprendo su lengua pero beso con la furia del pleamar  
porque han dicho que el mundo acaba cada día,  
no quiero irme de mi cuerpo sin dormir en medio de tu noche  
como una flor seca sueña para siempre entre las páginas de un libro.